

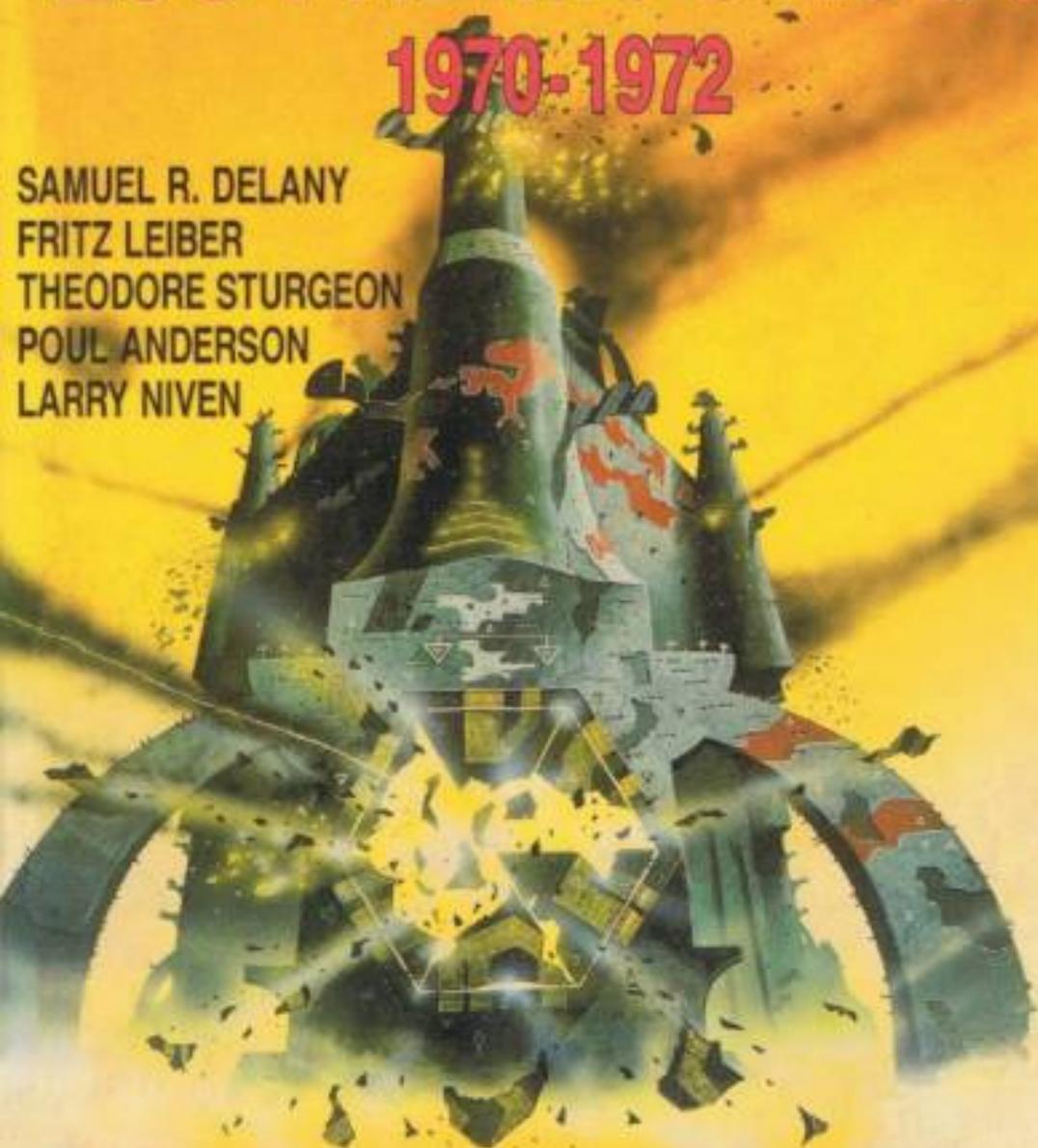
GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1970-1972

SAMUEL R. DELANY
FRITZ LEIBER
THEODORE STURGEON
POUL ANDERSON
LARRY NIVEN



Cuarto volumen de una biblioteca indispensable para los amantes del género o para todo aquel que quiera trabar conocimiento del mismo: los relatos del premio más importante que se concede por votación entre los aficionados. Aquí se reúnen los seis relatos ganadores, entre los años 1970 y 1972, presentados individualmente por Isaac Asimov.

*Para Sharon Jarvis y Cathleen Jordan
por su ayuda y, especialmente, por toda
su colaboración.*

Contenido

La cuarta vez, por Isaac Asimov

1970: 28ª CONVENCIÓN, HEIDELBERG

El tiempo considerado como una espiral de piedras semipreciosas (*Time Considered as a Helix of Semi-Precious Stones*, 1969), por Samuel R. Delany (cuento corto)

Nave de sombras (*Ship of Shadows*, 1969), por Fritz Leiber (novela corta)

1971: 29ª CONVENCIÓN, BOSTON

Aciago encuentro en Lankhmar (*Ill Met in Lankhmar*, 1969), por Fritz Leiber (novela corta)

Escultura lenta (*Slow Sculpture*, 1970), por Theodore Sturgeon (cuento corto)

1972: 30ª CONVENCIÓN, LOS ÁNGELES

La reina del aire y la oscuridad (*The Queen of Air and Darkness*, 1971), por Poul Anderson (novela corta)

Luna inconstante (*Inconstant Moon*, 1971), por Larry Niven (cuento corto)

La cuarta vez

Permítanme, Amables Lectores, explicarles un par de cosas acerca de estas antologías, con lo que les haré depositarios de mis confidencias (según mi costumbre), sin ocultarles nada. Observarán que los volúmenes de Los premios Hugo se han publicado muy espaciadamente. ¿Por qué no se publican volúmenes anuales, como se hace, por ejemplo, con los que ganan el premio Nebula? Existen varias explicaciones^[1].

1. Ni a mi editor ni a un servidor se nos ocurrió hacerlo. Al principio no soñábamos que el apetito de los lectores por las antologías fuese tal que nos viésemos obligados a editar una cada año, especialmente a causa de que, a fin de engrosar el volumen, no tendríamos más remedio que incluir obras presentadas y no premiadas, como sucede en el caso de los premios Nebula.

2. Los Nebula son editados cada año por un editor distinto. (Yo edité el volumen octavo en 1973.) Esto significa que ningún editor necesita ser mutilado intelectualmente o destrozado literariamente más de una vez. (¿Saben lo difícil que resulta tratar con los autores premiados? Ninguno de ellos es tan blando y amable como yo.) Para las antologías de los premios Hugo, sin embargo, no es posible pensar en ningún otro editor, aparte de mí (al menos, no se me ocurre ninguno), por lo que debo racionarme cuidadosamente. Como yo (a pesar de las apariencias) no soy un superhombre, únicamente puedo realizar la edición de cuando en cuando.

3. Además, así funciona. Como los volúmenes de los ganadores del Hugo aparecen sólo muy esporádicamente, el

público, loco, pirrado por ellos, los adquiere en grandes cantidades durante un largo período de tiempo. Ni mi editor, ni un servidor, ni los autores presentados en estos volúmenes estamos interesados en compensaciones financieras, ya que estamos muy por encima de esas mezquindades, pero sí obtenemos un gran placer espiritual al satisfacer las apetencias del Amable Lector.

Vamos a un segundo punto. Cuando edité el primer volumen me hallé ante la obligación de escribir introducciones a cada una de las narraciones y a los volúmenes en su conjunto. La norma usual de tales introducciones ha sido siempre escribir un fragmento filosófico como prólogo general y otros servilmente aduladores, alabando cada relato, como introducciones especiales.

Yo no podía obrar de este modo. Por un lado, no era yo sino el lector quien seleccionaba las narraciones, por lo que no puedo ni debo alabarlas. Esto es aún más cierto cuando no estoy de acuerdo con las decisiones de los lectores... si no resulta premiado uno de mis relatos. En esos casos debo portarme deportivamente y fingir que no experimento el menor desprecio por la flagrante falta de justicia, cosa que sólo puedo hacer si no hablo en absoluto de una narración.

Tampoco me siento inclinado a alabar a los autores, puesto que cuando este asunto empezó yo no había ganado ningún Hugo, por lo que me hallaba justamente indignado contra todos los que habían perpetuado esta injusticia aceptando tales premios. Así que, en cambio, aproveché la oportunidad que me brindaban las introducciones generales para denunciar a la Administración, y usé las introducciones particulares para insultar a los autores.

Esto funcionó, e hizo que me sintiera mucho mejor.

Continué de este modo en el segundo y tercer volúmenes, si bien con mucha más dificultad.

En los viejos tiempos, yo estaba completamente inmerso en la ciencia ficción, que era un campo literario más bien pequeño. Esto significaba que yo conocía personalmente a todos los autores; todos éramos compañeros de convención; todos nos emborrachábamos juntos (no, yo no me emborrachaba porque no lo necesito: ya nací borracho). Por tanto, cuando tenía que escribir una introducción para uno de esos queridos amigos, poseía ya terribles dardos y degradantes anécdotas acerca de ellos.

Lamentablemente, las cosas han cambiado.

Por un lado, aunque he mantenido mi contacto con la ciencia ficción, aunque escribo relatos y artículos para revistas e incluso he fundado una nueva, titulada Isaac Asimov's Science Fiction Magazine (editada por Davis Publications y supervisada por George Scithers), debo reconocer que otras actividades ocupan gran parte de mi tiempo. Por otro lado, el número de nuevos escritores de talento aumenta año tras año, y la mayoría de ellos son completamente desconocidos para mí.

No puedo zaherir salvajemente a los extraños. Para eso ya están los amigos.

Temo, por consiguiente, que en algunos casos me hallarán desusadamente amable con un autor. Tal vez llegue a hablar de otro tema y no de su narración. Incluso, totalmente desesperado, puedo llegar a violar mi bien conocida modestia y hablar de mí mismo.

ISAAC ASIMOV

1970

28ª Convención
Heidelberg

El tiempo considerado como una espiral de piedras semipreciosas

Samuel R. Delany

Samuel R. Delany lleva ya algunos años publicando ciencia ficción, y en lugar de pasar por un aprendizaje decente (yo fui casi un esclavo durante tropecientos años antes de que alguien tropezara conmigo y exclamase: «¿Qué es esto?»), empezó inmediatamente a llamar la atención.

Eso es suficiente para despertar el odio de cualquier persona incompetente, decente y muy trabajadora.

¿Qué más puedo decir de él? Posee unas facciones finamente cinceladas, y ocasionalmente se deja barba. No quiero decir una barba; quiero decir una barba. Deja que le crezca por todas partes sin previo aviso. Un día no lleva barba y está tan recién afeitado como un héroe de anuncio; y al día siguiente semeja el interior de un colchón relleno de pelo de caballo.

Asegura que la barba le mantiene la cara caliente en invierno.

Asimismo, no hay que llamarle Sam. No responde por Sam. Si alguien le llama Sam, puede volverse Sam Moskowitz y entonces ese alguien lo sentiría. A Samuel R. Delany hay que llamarle «Chip». Por favor, no me pregunten por qué, pues no lo sé.

De todos modos, hay algo que me resulta penoso, si bien deseo mencionarlo. Durante años, los escritores de ciencia ficción hemos formado bandas de hermanos y hermanas; hemos penetrado en ese campo literario como en

el de nuestra especialidad. Era «lo nuestro», lo que hacíamos nosotros. A menudo, si poseíamos bastante impulso, nos graduábamos en campos más amplios, pero incluso así (como es mi caso), tardábamos lo suficiente como para saber que la ciencia ficción era nuestro hogar, nuestro único hogar literario, por más que deambulásemos por otros palacios dorados.

Sin embargo, ha llegado el día en que los escritores, sin experimentar necesariamente una identificación con ese campo, se dedican a escribir ciencia ficción a causa de la libertad que les concede, así como por la oportunidad de especular y experimentar más allá de lo que es posible en otro género.

¿Se consideran a sí mismos escritores de ciencia ficción? ¿Es éste su hogar... o sólo una habitación de hotel?

Por ejemplo, me lo pregunto acerca de Chip. Llegó a la cumbre con tanta facilidad que tal vez no ha tenido la sensación de subir. La próxima vez que le vea le preguntaré si...

Establezcan un sistema de coordenadas en el siglo. Luego seleccionen un cuadrante. El tercero, si son tan amables, ya que nací en el cincuenta, y estamos en el setenta y cinco.

A la edad de dieciséis años pude por fin abandonar el orfanato. Arrastrando el nombre que me habían adjudicado, Harold Clancy Everet (yo era apenas un muchacho; cuántos apodos he tenido desde entonces...), sobre las colinas de East Vermont, tomé una decisión.

Yo y Pa Michaels, quien me había dado a regañadientes un empleo a petición del *Documento oficial* con el que el orfanato despacha a sus pupilos, atendíamos la granja de Pa Michaels: trece mil trescientas sesenta y dos Guernseys

moteadas, todas dormidas en sus immaculados ataúdes, alimentadas y drogadas mediante un líquido rosado que fluía por unos tubos de plástico transparente (esa porquería era muy pegajosa, y ensuciaba las manos). A fin de que no se atrofiaran, hacíamos vibrar sus músculos mediante unos pulsadores eléctricos, y en cuanto a la leche, iba a parar a unas grandes cisternas de acero inoxidable.

Respecto a la Decisión..., una tarde, mientras me hallaba en el campo, agotado tras tres horas de duro trabajo físico y contemplando la maquinaria del universo a través de la niebla de fatiga, se me ocurrió que, con toda la Tierra, y Marte, y los Satélites Exteriores, llenos de gente y de muchas cosas, tenía que haber algo más que lo que yo estaba viviendo. Y decidí obtener algo de aquello.

De modo que robé un par de tarjetas de crédito de Pa, uno de sus helicópteros y una botella de aguardiente blanco que fabricaba el propio granjero, y me largué. ¿Han intentado alguna vez aterrizar sobre el tejado de la Pan Am con un helicóptero robado y completamente borrachos? La cárcel y algunos golpes realmente duros me enseñaron a vivir. Pero no olviden que hace menos de diez años trabajaba honradamente tres horas diarias en una granja. Y que desde entonces nadie ha vuelto a llamarme Harold Clancy Everett.

Hank Culafroy Eckles (pelirrojo, de aspecto algo indefinido, y metro ochenta y cinco de estatura) salió del cuarto de equipajes del espaciopuerto llevando un montón de cosas que no eran suyas en un pequeño maletín.

A su lado, el Hombre de Negocios estaba diciendo:

—Ustedes, los jóvenes, me desconciertan. Regrese a Bellona, digo yo. Por el simple hecho de haber tenido dificultades con aquella rubia no creo que haya motivo para ir saltando de un mundo a otro. ¡Renunciar a su empleo!

Hank se detuvo y sonrió débilmente.

—Bueno... —empezó.

—Admito que ustedes, los jóvenes, tienen sus necesidades, que tal vez los viejos no acabemos de comprender, pero de todos modos hay que tener cierto sentido de la responsabilidad... —Se dio cuenta de que Hank se había detenido ante una puerta con la indicación de CABALLEROS —. ¡Oh! Bien, me ha alegrado mucho conocerle, Hank. Siempre es agradable encontrar a alguien con quien vale la pena hablar: ¡Hasta la vista!

Por aquella misma puerta, diez minutos más tarde, salió Harmony C. Eventide, metro ochenta de estatura (uno de los tacones postizos estaba rajado, de modo que oculté los dos debajo de un montón de toallas de papel), pelo castaño (ni siquiera mi peluquero me reconocería, desde luego), muy apuesto y muy de su época, ataviado con el mal gusto que resultaba de tan buen gusto. Un tipo de hombre con el que ningún Hombre de Negocios iniciaría una conversación. Tomó el helicóptero desde el espaciopuerto hasta la Gran Estación Central, y echó a andar a lo largo de la calle Cuarenta y Dos en dirección a la Octava Avenida, con un montón de cosas que no eran suyas en un pequeño malecón.

El atardecer estaba cincelado de luz.

Crucé el pavimento de plastiplex del Gran Camino Blanco —pensaba que la gente tenía un aspecto muy raro, con toda aquella luz blanca debajo de sus barbillas—, codeándome con la multitud que subía en los ascensores del Metro, del sub-Metro y del sub-sub-Metro (a los dieciocho años, al salir de la cárcel, había andado por aquí, birlándole cosas a la gente, con mucha limpieza, eso sí), abriéndome paso por entre un grupo de muchachas ataviadas con blusas de plástico transparente. Las muchachas eran muy jóvenes, y no pude evitar pensar que cuando yo tenía su edad estaba en una maldita granja...

La cinta de luces en lo alto de la estructura triangular de Communication, Inc., explicaba en inglés básico que la Senadora Regina Abolafia se disponía a iniciar su investigación sobre el Crimen Organizado en la Ciudad. Por mi parte, no sabría expresar lo feliz que me sentía al estar tan desorganizado.

Cerca de la Novena Avenida entré con mi maletín en un bar amplio y atestado. Hacía dos años que no había estado en Nueva York, pero en mi último viaje solía encontrar en aquel local a un hombre que tenía verdadero talento para disponer de un modo provechoso y seguro de cosas que no eran mías. Ignoraba qué posibilidades había de que le encontrara. Me abrí paso por entre un grupo de individuos que bebían cerveza. Humo y ruido. No me gustaba aquel tipo de sitios. Los clientes más jóvenes que yo eran todos drogados o imbéciles. Los más viejos sólo deseaban que llegaran muchos más jóvenes. Me acerqué al mostrador y traté de llamar la atención de uno de los camareros.

La ausencia de ruido detrás de mí me impulsó a volver la cabeza...

Ella llevaba un vestido de gasa cerrado en el cuello y en las muñecas con enormes broches de latón (de un buen gusto que rozaba las fronteras del mal gusto); su brazo izquierdo estaba desnudo; el derecho aparecía cubierto de gasa color vino. Un atuendo completamente fuera de lugar en aquel local. La gente lo estaba pasando en grande haciendo como que no veía nada.

La mujer señaló su muñeca, apuntando con una uña color sangre a un fragmento amarilloanaranjado en el cierre de su brazaletes de latón.

—¿Sabe usted lo que es esto, señor Eldrich? —preguntó.

Al mismo tiempo, se entreabrió el velo que le cubría el rostro; sus ojos eran de hielo; sus cejas, negras.

—¿Jaspe? —inquirí.

Ella esperó que yo dijera algo más; yo esperé que ella me diera motivo para decir que sabía lo que ella estaba esperando. (Cuando estaba en la cárcel, mi autor preferido era Henry James. De veras.)

—Jaspe —confirmó ella.

—Jaspe... —repetí, abriendo de nuevo la ambigüedad que ella había tratado de cerrar.

—Jaspe...

Pero ella tartamudeaba ya, sospechando que yo sospechaba de ella.

—De acuerdo. Jaspe.

Sin embargo, por la cara que puso, supe que había visto en la mía una expresión que le había revelado finalmente que yo sabía que ella sabía que yo sabía.

—¿Con quién me ha confundido usted, señora?

Jaspe, este mes, es la Palabra.

Jaspe es la consigna en clave que los Cantantes de las Ciudades (los cuales, el mes pasado, cantaban *Ópalo*; en Marte oí la Palabra y la utilicé tres veces, para afirmar la posesión de algo que en realidad no era mío; e incluso aquí estudio a los Cantantes y a sus canciones) hacen circular en beneficio de la hermandad de granujas con la cual he estado involucrado (bajo diversos disfraces) estos nueve años. La Palabra es cambiada cada treinta días, y al cabo de unas horas todos los hermanos la conocen, en más de media docena de mundos. Por regla general te la susurra el tipo empapado en sangre que se tambalea en tus brazos y que ha salido de un portal oscuro; te la murmuran cuando pasas por una calle en sombras; o aparece garabateada en un papel que te deja en la mano alguien que se mueve con demasiada rapidez por entre la multitud. Y este mes la Palabra era Jaspe.

Aquí van algunas de las posibles traducciones:

¡Socorro!

o

Necesito ayuda.

o

¡Yo puedo ayudarte!

o

¡Te están vigilando!

o

¡Ahora no te vigilan: huye!

Punto final de sintaxis: si la palabra es utilizada adecuadamente, uno no tiene que pensar nunca dos veces lo que significa en una determinada situación. Advertencia final: no hay que confiar nunca en alguien que la utilice de un modo inadecuado.

Esperé a que la mujer terminara de esperar.

Entonces, ella abrió una cartera delante de mí.

—Jefe del Departamento de Servicios Especiales Maudline Hinkle —leyó, sin mirar lo que decía debajo del emblema plateado.

—Me parece muy bien, Maud. —Luego fruncí el entrecejo—. ¿Hinkle?

—Soy yo.

—Sé que no va a creer esto, Maud. Parece usted una mujer que no tiene paciencia con sus propios errores. Pero mi nombre es Eventide, no Eldrich. Harmony C. Eventide. ¿No es una suerte para todos que la Palabra cambie esta noche?

Tal como iban las cosas, la Palabra no era ningún secreto para los polizontes. Pero yo me he encontrado con policías que una semana después del cambio no estaban enterados.

—De acuerdo, Harmony. Quiero hablar con usted.

Levanté una ceja.

Ella levantó otra y dijo:

—Mire, si desea que le llamen Henrietta, a mí no me importa. Pero debe escucharme.

—¿De qué quiere hablarme?

—Del Crimen, señor...